

La palabra y los insultos elegantes: “¡eres un miserable!”

La rabia es mala compañera en todo acto comunicativo si no se sabe encauzar para la creatividad. Grandes escritores nos han dejado auténticas obras de arte literarias basadas en emociones de furia, celos, envidia... Sin ir más lejos y con solo acudir a nuestro áureo siglo, Quevedo y Góngora configuran el epítome de la elegancia injuriosa, auténticos maestros en el juego floral del insulto elegante y culto.

Ahora bien, “a pie de calle”, -como dicen hoy periodistas (y comunicadores)-, en el cuerpo a cuerpo diario de la interacción social, en conversaciones más o menos familiares, si no media la reflexión o no nos damos un punto en la boca, el insulto aflora con el fin de golpear al contrincante, al receptor, como si de un escupitajo se tratara, agazapado de tanto rumiarlo, esperando la ocasión más propicia.

Calificar a alguien de *miserable* resulta cuando menos efectista y algo melodramático, muy de escenario, y seguro que, al proferirlo, hay una intención de “ofender en modo elegante”, que se entere el insultado de que si uno quiere, sabe y puede cambiar de registro idiomático. Parece que el emisor intenta imitar los diálogos de ínclitos vates reunidos en la Taberna del Turco, poetas famosos que concitaban alrededor a sus propios fans...

Si largamos el archisabido “gilipollas o hijueputa o cabrón” entre otros del pelo, de tan insistentes por repetidos, carecen de los resultados que se desean lograr: herir y dar en la diana.

Tildar a un tipo de calzonazos supone descender casi al barro, mejor: “¡miserable!”.

Yo prefiero los adjetivos con apariencia de simpleza e infantilismo: “soso, bobo, tonto”, por ejemplo; desde mi punto de vista, mucho más eficaces que los propios de la “bordería” habitual o los que presentan cierto resabio de “cultez”.